

La centralidad analítica del espacio

Olga Pisani

*Coordinadora asociada de la Maestría de Salud Pública, Universidad Nacional de Buenos Aires
Miembro del Consejo Editor de Posibles*

Introducción

La vida es una experiencia espacial permanente. Somos en la medida en que estamos. Ya en el vientre materno habitamos un primer espacio en el que no estamos solos. No hay mayor dependencia que la del feto con su gestora: es una relación vital, única e imprescindible que se materializa en un espacio protegido.

El espacio se convierte, así, en una dimensión de nuestra vida, dimensión insoslayable que nos atraviesa, nos constriñe y nos posibilita. No es pensable ningún acto humano que ocurra fuera del espacio. En él, y solo a través de él, cobra materialidad la vida social, se vuelve inteligible para el profano y para el científico.

Nuestro espacio está poblado de objetos, sentimientos, ideas, sueños y también por los otros que ocupan su propio espacio. No hay posibilidad de que dos objetos ocupen el mismo lugar, los hombres tampoco. Es decir, que el espacio está caracterizado por la distancia y la proximidad de los hombres entre sí y de éstos con los objetos materiales y virtuales con los que cohabita.

Ahora bien, cuando hablamos del espacio como el lugar donde se materializa la vida social, no estamos haciendo referencia a la extensión terrestre que ha tratado clásicamente la geografía física. Entendemos como espacio al conjunto de posiciones espaciales existente en una sociedad dada, en un momento histórico específico. Posiciones que guardan una distancia entre sí tanto material como simbólica.

No es igual la configuración espacial en las sociedades cortesananas, que tan bien ha descrito Norbert Elías, que el de las sociedades de la modernidad temprana. En las primeras, los individuos nacían en una posición espacial determinada según su rango y estamento de pertenencia. El espacio estaba fuertemente reglamentado por convenciones, usos y costumbres. Era una sociedad rígidamente jerarquizada en la que el espacio también lo estaba.

Podría afirmarse, entonces, que la organización del espacio es un reflejo de la estructura y dinámica social de la sociedad en un momento histórico determinado? Sí y no. Como

dijimos más arriba, la estructura social cobra materialidad en el espacio, por ejemplo, la estructura de clases se expresa en las diferentes oportunidades de acceso a ciertas posiciones espaciales, por los individuos. Las llamadas “Gate cities” o countries son un ejemplo de ello y en esta cuestión tiene mucho que ver el mercado inmobiliario como operador espacial privilegiado.

Pero volvamos a nuestro dilema. Si el razonamiento anterior es válido, entonces por qué contestamos “no”? Porque en la idea de reflejo se oculta el papel activo que juega el espacio¹. El hombre como actor, como operador espacial, también desarrolla estrategias de lucha por la adquisición de nuevos espacios o mejor, por el derecho a acceder a ellos. Más aún, el espacio como recurso y no solo como limitante, es usado para modificar las configuraciones existentes. El hombre trabaja con el espacio y no solo en el espacio.

El espacio constituye entonces una dimensión de la sociedad, como lo es la economía, la política, la historia, lo social. No es una novedad que la sociedad es ese conjunto complejo de dimensiones y que si bien cada dimensión da lugar a un enfoque disciplinario específico, a un “recorte” del problema, estas dimensiones interactúan entre sí, se condicionan mutuamente sin que exista una que domine a las otras. No se trata de una relación del tipo de las muñecas rusas donde una contiene a la otra, sino de una relación sistémica multi-determinada. Sin embargo, el espacio ha sido olvidado. Es un punto ciego en todos los análisis sociales.

Es en este marco, que estas reflexiones cobran sentido. Tienen como objetivo revalorizar el análisis del espacio y de la espacialidad, es decir, del trabajo del hombre con el espacio y no solo en el espacio.

Haremos un primer recorrido sobre el estado de la discusión, sobre las categorías o dimensiones que se ponen en juego cuando el espacio entra en escena como objeto de estudio, a modo de ejemplo analizaremos el terremoto ocurrido el último 27 de febrero en Chile a la luz de las categorías planteadas y por último señalaremos la centralidad que cobra la dimensión espacial en las sociedades globalizadas.

¹ En este sentido recordemos que Karl Marx sostenía que la reunión de las masas obreras en un mismo espacio, la fábrica, era una condición material que posibilitaba el surgimiento de una conciencia de clase entre los operarios.

La centralidad analítica del espacio

En síntesis el objetivo de este trabajo es acercar una perspectiva de análisis que ponga en evidencia no solo el papel activo de los operadores espaciales sino también la relación sistémica de la dimensión espacial, con la política, la económica y la social, entre otras.

El espacio socializado

El fuerte entramado entre los procesos sociales y las formas espaciales ha sido frecuentemente olvidado tanto por los planificadores urbanos como por la propia sociología (David Harvey: 2007²).

No hay ningún humano que pueda vivir fuera del espacio ni tampoco ninguna configuración espacial que no actúe como un condicionante básico de la conducta humana. Cada vez más los procesos sociales configuran una determinada forma espacial. Como dice Harvey, Oxford fue creada en la época del poder eclesiástico, de allí que el perfil de la ciudad esté dominado por la presencia de capiteles de iglesias y capillas mientras que los íconos del capitalismo monopolista contemporáneo que dominan la isla de Manhattan, son los edificios del Chase Manhattan Bank y de la Chrysler.

A pesar de esta evidencia, los estudios de las ciencias sociales, generalmente, han naturalizado el espacio. En muchos de ellos, es algo neutro o aparece reificado al ser considerado como un simple escenario en el que se desarrollan prácticas, sentimientos e ideas. En otros, si bien se aborda la cuestión espacial se la considera como un “reflejo” (en su acepción de no crítico) de la estructura social, estableciéndose de esta manera una relación de fuerte determinación en un solo sentido: el espacio como producto de las prácticas sociales. Si bien en este último tipo de estudios, el espacio ha perdido su condición de natural para ser considerado como un constructo social, se pierde de vista el papel condicionante y reproductor de las diferencias sociales que ejerce el propio espacio sobre las prácticas sociales.

Abordemos en primer lugar, el carácter social del espacio físico. La acción de habitar es, y siempre lo ha sido, un trabajo cotidiano con los espacios, desde los más pequeños a los más grandes. Trabajar con el espacio implica operar con la distancia y la proximidad. Nuestra esfera vital, según algunos autores, es de cuarenta y cinco centímetros de distancia respecto de los otros. Todo aquel que transgrede esta distancia, está invadiendo mi espacio corporal. Solo en el caso de

las relaciones amorosas y/o sexuales la transgresión de mi esfera vital no es solo permitida sino bienvenida. Por cierto, hay otros casos en que esto también ocurre, pero sin producir tanto placer. Acaso el viaje en subte en hora pico no es una invasión explícita de nuestra esfera vital? La pregunta que cabría formularse es por que no reaccionamos airadamente frente a esta intrusión? La respuesta es una: porque el espacio vagón de subte define un situación donde tal intrusión, si bien no placentera, es vivida como “inevitable”, no amenazante, aunque agregaría, a veces.

Frecuentemente, en el lenguaje cotidiano, decimos “es una persona distante”. Lo que estamos significando es que frente a cualquier tipo de proximidad corporal, un abrazo o un saludo afectuoso, nos encontramos con una roca casi de la dureza del paleolítico. En estos ejemplos de la vida cotidiana, el espacio se hace presente en forma activa, definiendo situaciones.

La espacialidad humana consiste para todos y cada uno de nosotros en organizar el hábitat a partir de la utilización del espacio como recurso. Si bien la casa, la residencia, el alojamiento forma parte del hábitat y ha constituido frecuentemente el objeto de estudio de la antropología, el hábitat es algo más que ello.

Fundado en la residencia, se despliega y está “informado” por ella pero existen también habitantes sin residencia o lugar fijo (por ejemplo los sin techo o los nómades), que habitan de una manera particular el espacio. Construyen también su hábitat. Recordemos que, clásicamente, el nómada como tipo ideal se oponía a otro tipo ideal, el sedentario. La diferencia estaba en que mientras estos últimos tenían una configuración espacial estable, los otros no. Mientras que el sedentario estructuraba el espacio a partir del punto original centrado en su alojamiento, el nómada construía una red lábil y multicéntrica de caminos y de puntos de permanencia temporal.

Pero esta configuración antitética ya no resulta operativa para comprender el papel condicionante y condicionado del espacio en las sociedades contemporáneas. Como afirma Lussault³, la diferencia típica ideal entre nomadismo y sedentarismo pierde nitidez: el nomadismo está presente hoy en la mayor parte de los hábitats humanos: el espacio socialmente construido de la existencia humana se despliega

2 Harvey D Urbanismo y desigualdad social. México: Siglo XXI, 2007.

3 Lussault M L'homme spatial. La construction sociale de l'espace humain. Paris : éditions du Seuil, avril 2007

La centralidad analítica del espacio

desde la escala íntima, sensorial y corporal hasta la escala mundial por vía de la proximidad, del contacto físico, la vecindad topográfica y topológica, las redes.

Ha aparecido un **hábitat politópico** *caracterizado por la existencia de muchos lugares de residencia, más o menos permanente, y por numerosos espacios de prácticas elegidas, y asumidas como tales, de frecuentación cotidiana*⁴ (M Lussault p.348). El turista, el migrante, el hombre de negocios, el artista, el universitario, poseen ese perfil de individuos multiresidentes, por necesidad o por elección. Todos se ven obligados a construir y gerenciar esta “politopía” a través de una trama compleja y cambiante de recorridos que aseguren la accesibilidad a los lugares de reposo, ocio o trabajo.

Ahora bien, el hábitat individual depende de las condiciones de posibilidad sociales, se despliega en una sociedad dada en los contextos que ella permite. El hábitat tiene, según la época y los rasgos de la sociedad, aspectos materiales e ideales particulares al igual que derroteros individuales específicos.

Hoy en día el hábitat está marcado cada vez más por aquellos rasgos culturales mayores asociados a la globalización y la urbanización. Entre ellos cabe mencionar la movilidad y la coespacialidad. Es decir, la asociación con sentido, en un mismo espacio, de lugares, dominios, territorios y prácticas separados pero reunidos en una figura reticular y organizada por los recursos de movilidad.

De esta manera, “el hábitat global de una sociedad asocia todas las especies de espacios sociales e individuales y mezcla fracciones espaciales de escalas y métricas diversas y de valores variados para los diferentes operadores sociales. (Lussault, 350)

En suma, el hábitat contemporáneo es un compuesto complejo, una red cambiante y labil en las que se entremezclan las experiencias espaciales de cada actor y las lógicas y las estructuras de cada sociedad.

En síntesis, la tesis central de este trabajo es que las configuraciones espaciales guardan una relación activa con las prácticas sociales. No hay duda que para ser necesitamos de un mundo en donde ser. Necesitamos un *being in*.⁵ Sin embargo, el espacio no es “exterior” al individuo. Ese espacio se vuelve actuante, material, tanto en nuestras interacciones

con los otros como en los significados que transmiten. Puede afirmarse que el mundo es una construcción intersubjetiva que se objetiva en la estructura y organización específica de un espacio y a su vez esta organización material del espacio organiza las interacciones que en él tienen lugar. No hay, por tanto, unidireccionalidad causal ni determinación en un solo sentido; hay una estructura fractal de condicionantes que se retroalimentan y actúan unos sobre otros.

La espacialidad y los operadores espaciales

La espacialidad se refiere a las relaciones de los operadores espaciales (grupos o individuos) con el espacio. Como decíamos antes, se trata de conceptualizar el espacio como un recurso con el que trabaja el individuo.

No obstante, la categoría de “operador espacial” no se limita a los seres humanos. Hay operadores no humanos que alteran la configuración espacial. El virus del SIDA o el agente patógeno de la gripe N1H1, el agujero de ozono, las inundaciones, el tsunami devastador que siguió al terremoto en Chile, son solo algunos ejemplos. Más aún, los operadores espaciales pueden ser totalmente inmateriales: las grandes ideas, el Estado, los discursos políticos territoriales, llegan a tener una potencialidad enorme en relación con la configuración del espacio.

Sin embargo, hay un rasgo que diferencia los operadores espaciales humanos de los no humanos. Los humanos son actores sociales, dotados de lenguaje y capacidad reflexiva, inscriptos en una sociedad en la incorporan normas y valores. Para ellos, el espacio se manifiesta como un bien social, un recurso de valor y desarrollan estrategias para apropiarse de este bien.

En el caso de los no humanos y en la medida en que no son actores, el espacio es una materia sin valor, aún en el caso en que su accionar termine por valorizar el espacio y convertirlo en algo que disputar. Poseen una capacidad socialmente construida. En efecto, un sismo no es en sí mismo un fenómeno social pero su capacidad de interferir con la dinámica social establecida depende del tratamiento material e ideal que hacen las sociedades de los fenómenos físicos o biológicos. Basta comparar los efectos causados por los terremotos de Haití y de Chile. Ambos hicieron colapsar la configura-

⁴ Op.cit

⁵ Richardson M Being- in- the- market versus Being- in- the- Plaza: Material culture and the construction of social reality in Spanish America in Low S M, Lawrence Zuñiga D. Locating Culture en The anthropology of space and place. UK: Blackwell Publishing Ltd. 2007

La centralidad analítica del espacio

ción espacial, pero el tratamiento de sus consecuencias reveló diferencias sustantivas en lo que respecta a la manera de activar u orientar la actividad posterior de los actores espaciales. En Haití la “falta de Estado” como actor espacial frente a la catástrofe fue reveladora en este sentido. No se trata, por tanto, de operadores actuantes que están fuera de la sociedad: en todo operador no humano hay siempre una parte de la sociedad.

Dos ejemplos de operadores espaciales no humanos: impacto y estrategias espaciales

A fin de ejemplificar el impacto de los operadores no humanos en la configuración del espacio y de la dinámica social y las acciones específicas que se desencadenaron frente a las consecuencias de ese impacto, vamos a considerar en primer lugar, el caso reciente de la gripe N1H1 y en segundo lugar el terremoto del 27 de febrero último, en Chile

El agente patógeno de la gripe A actuó como un operador espacial no humano. Se trató de una pandemia que, habiéndose “apropiado” de las líneas aéreas, se expandía por el mundo violentando todas las barreras territoriales. Las necesarias prácticas de confinamiento (proximidad topográfica) en aquellos lugares donde se registraban los primeros casos comenzaron a resultar insuficientes frente a la fase de difusión mundial. Esta propagación no reconocía diferencias sociales; ponía en peligro la movilidad de personas y bienes que son la razón de ser del mundo globalizado. En efecto, el agente patógeno convertido en un cuasi-personaje ponía de relieve la existencia de un sistema global de espacios interconectados que actuaba como vía rápida y eficiente de transmisión.

Este operador espacial no olvidaba en su recorrido afectar el espacio en todas sus escalas. En lo personal e íntimo causaba pánico, enfermedad y muerte y en lo relacional y a diferentes niveles, cercenaba el hábitat politópico del que habíamos hablado.

Hombres y mujeres eran materialmente confinados al verse obligados a “congelar” actividades agendadas: suspensión de vuelos, suspensión de actividades académicas, suspensión de viajes de placer y ocio, no eran solo decisiones individuales sino que eran medidas que tomaban los estados para controlar la propagación. Como plantea Lussault⁶, los habitantes del espacio-mundo fueron los espectadores de la escenificación

mediática de una lucha entre operadores sanitarios, económicos y políticos de un lado y el agente patógeno del otro.

Esta lucha fue ante todo espacial: “la respuesta de los operadores institucionales a la acción del virus fueron todas espaciales y apoyadas en las bases del control médico de las epidemias. Era necesario confinar, vigilar, filtrar, evitar el desplazamiento, en síntesis, generar separaciones y barreras a fin de evitar la contaminación por proximidad topográfica y topológica”.⁷ Se había puesto en marcha una *biogeoestrategia global* como estrategia de crisis.

El terremoto-maremoto chileno

Otra estrategia de crisis es la denominada geoestrategia. Supone centralmente un trabajo político sobre el espacio. Es decir, acciones orientadas a la reconfiguración espacial no solo física sino también normativa. Estas estrategias constituyen la respuesta a las consecuencias provocadas por grandes catástrofes naturales o por acontecimientos sociales de gravedad que ponen en crisis la espacialidad.

Veamos como operó esta estrategia frente a la catástrofe provocada por el terremoto de 8.6 grados en la escala de Richter que asoló a Chile el 27 de febrero de este año. El impacto sobre la espacialidad tanto individual como colectiva ha sido tan radical que el tema ameritaría una investigación en profundidad.

En efecto, el terremoto como operador espacial ha colapsado la vida de los individuos, ha impactado sobre sus cuerpos, sus ideas, sus prácticas, los lugares que ocupan material y simbólicamente, pero también el terremoto hizo colapsar la infraestructura vial, los servicios sanitarios, los negocios y la producción nacional ligada a la vida económica, cultural y política del país.

Podría afirmarse que colapsó el espacio como medio físico y como recurso. Frente a este operador incontrolable se pusieron en marcha geoestrategias que intentaron e intentan reconfigurar el espacio en todas las escalas mencionadas, sin saber ni poder prever, como ocurre en estos casos, el éxito de esta empresa

6 Lussault M. L'homme spatial. La construction sociale de l'espace humain. Paris: éditions du Seuil, avril 2007, Pág. 159. El autor hace referencia al coronavirus del síndrome respiratorio agudo aparecido en noviembre del 2002 en una provincia del sudeste de China

7 Op.cit.

La centralidad analítica del espacio

Para comprender el impacto de esta catástrofe sobre la sociedad chilena es necesario hacer converger en el análisis, las regulaciones colectivas (dimensión política) del espacio y de la espacialidad, los efectos de las acciones colectivas e individuales (pragmática), los valores y normas que regían las configuraciones espaciales.

De todas estas dimensiones, las reflexiones que siguen se refieren solo a aquellas dos que podríamos colocar al principio y al final de una escala continua. Me refiero al impacto en la esfera de lo íntimo, de lo corporal, de los sentimientos, es decir en el espacio y la espacialidad que hace a nuestra identidad y a la vida cotidiana y en el otro extremo al impacto sobre la configuración del espacio público reglado por normas y valores.

Los espacios múltiples en crisis

El primer hábitat es la casa de la infancia. Esta casa, ha sido un espacio físico privilegiado por y para el psicoanálisis en tanto primer mundo del ser humano. Señala Bachelard⁸ que “la casa en la vida del hombre suplanta contingencias, multiplica sus posibilidades de continuidad. Antes de ser arrojado al mundo, el hombre es depositado en la cuna de la casa. Y siempre, en nuestros sueños, la casa es una gran cuna. La vida empieza bien, empieza encerrada, protegida, tibia, en el regazo de la casa”.

La casa natal, inscripta emocionalmente en los cuerpos, inscribe también la función de habitar y todas las demás casas no son más que variaciones de aquella inscripción fundamental. En esta comunidad dinámica del hombre y de la casa (casa y no-casa), el espacio habitado trasciende al espacio geométrico. La casa remodela al hombre. La metáfora de la casa -nido que relata Bachelard ilumina esta relación íntima y fundante entre el primer espacio físico que habita el hombre y la inscripción corporal. Para construir su nido el pájaro hembra no tiene herramientas, solo su propio cuerpo. Por eso, con su pecho prensa los materiales que le trae el macho. Lentamente, los va mezclando, los oprime y como un torno vivo los va ahuecando. El interior del nido reproduce así la forma de su cuerpo. La casa-nido es el pájaro mismo, su forma y su padecimiento.

En síntesis, la casa es el primer mundo del ser humano y se constituye en un cuerpo de imágenes que dan al hombre estabilidad.

Más allá de sinónimo de protección, la casa natal también funciona como epítome de la estructura psíquica del hombre. Recordemos cuando Jung asocia el desván a la conciencia y el sótano al inconsciente. Pero lo que interesa subrayar es como se inscribe una representación de la casa-protección, de las funciones de la casa y de la forma de habitarla en la propia práctica, en el hacer y antes de cualquier registro consciente.

Se configura así una conciencia práctica, anterior a cualquier razonamiento, que modela la espacialidad, es decir las formas de utilización del espacio y el sentido que tienen sus diferentes especies a la par que el espacio se vuelve interior, va modelando la identidad.

Volvamos a los efectos de la catástrofe en Chile. El maremoto, producido veinte minutos después del sismo, barría con Concepción, el segundo puerto en importancia, y también con los pueblos pescadores de Constitución, Talca y Talcahuano. Casi en tiempo real, las desoladoras imágenes recorrían los canales televisivos del mundo entero. Donde había existido un centro cívico solo quedaba correntadas de lodo que llevaban autos, televisores, camas, y restos indescifrables. La imagen de un barco pesquero enterrado en los lotes donde habían estado las casas de los pescadores, hablaba de la ferocidad del agua. La desolación estaba en la cara los sobrevivientes que testimoniaban, frente al impudor periodístico, su angustia mayor: la pérdida de todo. Y en efecto, era todo. Porque se había arrasado con la casa y con ella la sensación de protección, de estabilidad y de identidad. El operador no humano los había despojado de su capital espacial y de su identidad, en solo minutos.

Refugiados en los cerros, los sobrevivientes buscaron la proximidad topográfica. Los puñados de hombres y mujeres que se alumbraban con una fogata eran aquellos que una vez fueron vecinos. Se establecía una coespacialidad espontánea que trataba de reproducir aquel hábitat que les había dado identidad y al mismo tiempo restablecer precariamente la rutina diaria que estabiliza. Era como si la conciencia práctica, el cuerpo socializado, se hubieran puesto en acción más allá de todo pensamiento o planificación racionales.

Sin techo, sin luz, sin gas y sin comida, no los había sorprendido la muerte pero eran seres que boyaban sin anclaje. La imagen del pescador que rescata una bandera chilena embarrada, dio la vuelta al mundo: no hubo canal televisivo ni

⁸ Bachelard G La poética del espacio. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina S.A. 1990

La centralidad analítica del espacio

prensa escrita que no difundiera esa fotografía. La bandera operó como un ícono del terremoto: en medio de una configuración espacial en ruinas, en tanto objeto y estereotipo espacial, la bandera “construía sentido” para los chilenos: reafirmaba que en medio de esas ruinas, Chile seguía siendo Chile⁹.

Cuando está en juego la supervivencia, las normas y valores establecidos son arrasados por el propio carácter de excepcionalidad de la situación. El saqueo al supermercado “Santa Isabel” en Concepción fue un ejemplo de este estado anómico. Las mujeres clamaban por obtener alimento para sus hijos, otros aprovechaban el tumulto para apropiarse de lavarropas, plamas y objetos que nada tenían que ver con la necesidad de alimento. Se habló de vandalismo. Pero la situación podría tener otra lectura. El instinto de supervivencia es un sentimiento primario, casi animal, que habita en los seres humanos. Los espacios de acceso normado legal y consuetudinariamente, como es un supermercado, se convierte en tierra de nadie, ya no están investidos de ninguna regulación.

La primera medida que toma la alcaldesa del lugar, fue proponer un “saqueo organizado”: solo podían entrar al supermercado las mujeres bajo la vigilancia de la gendarmería. Si bien la medida no tuvo éxito y se pasó directamente al toque de queda y a la represión de toda incursión a los locales comerciales semidestruídos, el dispositivo ponía en evidencia varias cuestiones: el espacio de género que reviste simbólicamente a un supermercado y el rol asignado a la mujer. En efecto, el supermercado es el lugar de la mujer, es el espacio que le ofrece los medios para cumplir su rol de “cuidadora del hogar”. Era un intento, por parte del gobierno local, de poner en pie identidades sociales preexistentes, espacios de género.

Por otra parte estaba el “vandalismo”. Nuestra propuesta es analizar esta conducta como respuesta social a las consecuencias del operador espacial-terremoto. Eran hombres los que saqueaban. Ellos también eran víctimas de un hábitat arrasado. El “proveedor” del hogar se había quedado sin trabajo, sin casa. Se había ido a dormir con normas y roles estatuidos y se había despertado siendo un sobreviviente nómada. Cómo juzgar con los valores y normas de la “normalidad” a quienes también estaban atrapados y tomados por el instinto de supervivencia? Tanto es así, que muchos de ellos se armaron y estaban dispuestos a matar para defen-

der las pocas pertenencias que habían rescatado y que atesoraban en los cerros donde acampaban. Imperaba la ley de la jungla.

Si hubiera sido vandalismo debería existir un fin de lucro que diera sentido a la acción: debía ser el medio para enriquecerse. Pero, a quién iban a vender estos objetos robados? Quién estaba en condiciones de comprar un artefacto y para qué? Ir a Santiago Capital para vender las presas de estos “cazadores furtivos de electrodomésticos”, era un imposible. La famosa autovía número 5 que recorre el país de norte a sur, había colapsado. Las redes comunicacionales terrestres y aéreas no existían más. Tan irracional era este robo como lo fue el escondite de lo robado. Solo bastó que la gendarmería encontrara el depósito en el que guardaron los objetos.

A diferencia de Haití, el operador espacial “Estado” se hizo presente. Poseedor del monopolio de la violencia legítima¹⁰, desplegó en los lugares devastados las fuerzas militares para la vigilancia, el control y la represión. El ejemplo de Haití estaba demasiado próximo. Control del uso del espacio y fijación de normas de excepción constituyeron los primeros mecanismos de carácter político puestos en marcha¹¹. En este marco de excepcionalidad, comenzaron las tareas de rescate de unos pocos sobrevivientes y de muchos cuerpos sin vida. La amenaza de una epidemia generalizada estuvo y está aún presente. Los servicios sanitarios que habían quedado en pie se ponían en marcha. Llegaba también el tiempo de la ayuda internacional.

Se habla de cinco años para “reconstruir a Chile”¹². La sólida situación económica del país apoyada en el comercio exterior, su condición de país inversor y el apoyo de los sectores financieros al nuevo presidente constituyen importantes anclajes para esta tarea. También, sin duda, el fuerte grado de institucionalidad del que goza el Estado y la sociedad civil chilena.

Lo que permanecerá en un rincón de mayor opacidad es saber cuánto tiempo llevará a hombres y mujeres, jóvenes y

9 En términos de Lussault, la bandera constituiría un objeto identitario en tanto contribuye a la ubicación social y espacial de los sujetos.

10 Weber M. Clases, Estamentos y Partidos en Economía y Sociedad. Vs ediciones 11 A veinte días del terremoto, el nuevo presidente de Chile ha declarado que el estado de sitio y la presencia de los gendarmes permanecerán en las regiones de El Maule y Bio Bio hasta que se “normalice” la situación.

12 Los 18 hospitales de las regiones de El Maule y Bio Bio están clausurados por lesiones profundas en su infraestructura, hay medio millón de niños que se han quedado sin edificio escolar y un millón doscientos mil que no han empezado sus clases.

La centralidad analítica del espacio

niños reconstruir una espacialidad que les daba estabilidad emocional y seguridad. Dos condiciones necesarias en la vida de los seres vivientes.

Notas finales

Nuestra existencia se despliega diariamente en espacios múltiples y diversos. Pero fue siempre así? Digamos, en principio, que esta politopía es un rasgo decisivo de las sociedades contemporáneas o de modernidad tardía.

No obstante, esta cualidad humana de trabajar con el espacio no es nueva. Es constitutiva de todas las acciones sociales. Sin embargo, la extensión y densidad de la configuración espacial resultante ha variado a lo largo de la historia.

Hemos señalado ya, como en las sociedades cortesanas el acceso a los lugares, las posibilidades de movilidad de una posición espacial a otra se encontraba rígidamente pautada. La revolución francesa primero y la revolución industrial después, actuarán como verdaderos operadores espaciales al romper muchos de los límites físicos y simbólicos que condicionaban la espacialidad de los individuos.

La constitución de los mercados nacionales, por un lado, el surgimiento de instituciones políticas fundadas en el voto ciudadano, la venta libre de la fuerza de trabajo son manifestaciones de los cambios profundos en la dinámica social, los que, a su vez, se manifiestan en una ampliación de los espacios disponibles para hombres y mujeres.

Este pasaje de las relaciones comunitarias a las societales, ha sido tema de la sociología clásica. Solo nos interesa en este caso, subrayar cómo junto a profundos cambios en la estructura y dinámica social se registran sistemáticamente cambios en el uso del espacio como recurso.

Sin embargo, en las sociedades de la modernidad, es el tiempo el que ocupará el lugar central de las preocupaciones tanto de los científicos sociales (sobre todo los economistas) como de los actores económicos y políticos. La tasa de ganancia para unos y el desarrollo económico para los otros, serán los móviles para el impulso de innovaciones tecnológicas que aumenten los niveles de productividad: la meta era más producción en menos tiempo. El espacio, sin embargo, acompaña estos cambios aunque silenciado y ausente de la reflexión científica y política.

Pero el pasaje de las sociedades modernas a las sociedades de modernidad tardía va a significar un cambio drástico en esta relación de tiempo y espacio. En palabras de Michel Serres, estamos viviendo una etapa de mutación social comparable, en términos de su amplitud, al pasaje del paleolítico al neolítico.

El desarrollo vertiginoso de medios de movilidad cada vez más rápidos y la “inflación” telecomunicacional operan conjuntamente para cambiar los regímenes de proximidad de tal forma que en el lugar más lejano del planeta se puede estar viendo y viviendo en tiempo real lo sucedido en otro punto del espacio físico. La urbanización generalizada, la aparición de las ciudades globales (poderosos centros de gestión financiera) en medio de zonas pauperizadas, los polos comerciales y/o industriales en la periferia, así como el tráfico de mercaderías y de poblaciones ha significado que la representación social del espacio como continente limitado estalle en mil pedazos.

Las distancias espaciales ya no son un obstáculo. Cualquiera sea la distancia, la coespacialidad con los otros puede darse aquí y ahora. Este desanclaje (Giddens)¹³ entre el espacio y el tiempo permite hablar de un mundo globalizado en el que los procesos locales no obedecen ya ni exclusiva ni prioritariamente a determinaciones propias de ese mundo local y simultáneamente, en el que las conductas cotidianas en un lugar remoto del planeta, inciden a nivel mundial. Aquella metáfora de la teoría del caos que decía “*el aleteo de una mariposa en Hong Kong puede desatar una tormenta en Nueva York*” se ha vuelto realidad.

Pero acaso el trazado de los límites geográfico-espaciales no ha sido siempre un resultado de la “*politics*”¹⁴ y por lo tanto de la acción colectiva? O no es cierto que desde la invención de la energía a vapor, el desarrollo de medios de transporte a la par que acortaba las distancias permitía una extensión del tiempo disponible? Y no permitía también que los productos fabricados en sociedades remotas y exóticas fueran consumidos en grandes centros urbanos? O acaso los planificados urbanos no remodelaron el paisaje creando núcleos habitacionales, paisajes y carreteras que preformaban la cotidianidad de miles de grupos humanos? Donde está entonces la novedad del desanclaje? O de la socialización del medio ambiente?.

13 Giddens A Consecuencias de la modernidad. Varias ediciones

14 Refiere a los procesos políticos conflictivos relativos al reparto de poder y de las posiciones de poder.

La centralidad analítica del espacio

Sin duda todo eso existió. Pero hoy en día enfrentamos los efectos de una modernidad radicalizada que lleva a que los peligros de la sociedad industrial emerjan en el debate público y se hagan presentes en conflictos de intereses públicos y privados, una modernidad caracterizada por nuevos escenarios en los que el riesgo ya no es residual.

Esta radicalización de la modernidad ha generado un escenario global caracterizado por una interdependencia mundial que los estados nacionales pierden predicamento, donde los procesos de la búsqueda de rentabilidad diferencial no reconoce límites geográficos, donde las viejas instituciones sociales y políticas pierden capacidad de control, donde los sistemas expertos, entre ellos el conocimiento científico tecnológico no pueden dominar la contingencia. Nos enfrentamos a lo que algunos autores¹⁵ han denominado la aparición de las sociedades de riesgo. Lo previsible deja lugar a lo impredecible.

Como afirma Lussault, *“el mundo contemporáneo esta caracterizado por la multiplicidad de los espacios posibles de afirmación de sí mismo y de satisfacción de las propias necesidades. Se trata, sin duda, de una de las características centrales de la globalización. La cantidad de entidades espaciales distintas es cada vez más grande y la codicia de esas entidades también”*¹⁶.

En este nuevo escenario, la lucha por el espacio se vuelve central. Es por ello que los procesos espaciales cobran centralidad analítica y política si queremos volver inteligible la vida social en la que estamos inmersos.

15 “ ... Este concepto designa una fase del desarrollo de la sociedad moderna en la que los riesgos sociales, políticos, económicos e individuales tienden a escapar cada vez más de las instituciones de control y protección de la sociedad industrial” Beck U. Modernización reflexiva, Política, tradición y estética en el orden social moderno. Madrid: Alianza Editorial, 1997. Pág. 18

16 Op.cit. Pág. 34